

de haberlo pensado bien, de haberlo consultado con el Señor, y de haber tomado todos los consejos y precauciones necesarias. Pues no pienses mas que en santificarte en él y en cumplir con todas sus obligaciones como verdadero cristiano. Ten por tentaciones todas las dudas que te sugiere el demonio: persuádate á que estás en el estado en que Dios quiere que estés. Desprecia todas las dudas, todas las inquietudes, que por lo comun son artificios del enemigo de tu salvacion para estorbarte el cumplimiento de tus obligaciones, turbándote la tranquilidad, sobre todo si te hallas ligado al estado con algunos votos. Estudia cada día tus obligaciones, y cúmplelas exactamente. Despues de estar ligado á un género de vida, ya no es tiempo de examinar si Dios te llamaba á ella: estas reflexiones siempre se han de hacer antes de la eleccion de estado.

DIA XXII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES DE LA LEGION TEBEA, MAURICIO, EXUPERIO, CÁNDIDO, VICTOR, INOCENCIO Y VIDAL CON SUS COMPAÑEROS DE LA MISMA LEGION, en Syon de Valais en Francia; los cuales muriendo por Cristo en tiempo de Maximiano, con su glorioso martirio ilustraron el mundo. (*Véase su historia en este día, con la noticia del cuerpo de S. Cándido.*)

EL MARTIRIO DE LAS SANTAS VIRGENES DIGNA Y EMERITA, en Roma, en tiempo de Valeriano y Galieno: sus reliquias se conservan en la iglesia de S. Marcelo.

SAN JONÁS, presbítero y mártir (griego de nacion), en Chartres, quien acompañó á S. Dionisio en su mision á Francia; y por mandato del prefecto Juliano fué azotado y luego degollado.

SAN EMERANO, obispo y mártir, en Ratisbona en Baviera; el cual por libertar á otros, padeció con fortaleza por amor á Jesucristo una muerte atroz.

SANTA IRAIS (Ó IRAIDA), virgen de Alejandria, y sus COMPAÑEROS MÁRTIRES, en Antinópolis en Egipto; la cual yendo por agua á una fuente cercana, alcanzó á ver (al prefecto de la ciudad que esperaba una embarcacion que se acercaba llena de gente. Habiendo preguntado la santa virgen qué gentes eran aquellas que traian en la nave, y contestádole que aquella era una nave en que iban muchos confesores de Cristo, al punto arrojando el cántaro se juntó á ellos y fué conducida á dicha ciudad, en donde despues de muchos tormentos murió la primera de todos degollada: siguieron los presbíteros, los diáconos, las virgenes y todos los demás, que padecieron el mismo suplicio.

SAN SANTINO, obispo, en la ciudad de Metz, discipulo de S. Dio-

nisio Areopagita, por quien fué consagrado obispo de aquella ciudad, y el primero que predicó en ella el Evangelio.

SAN LAUTON, ó Lo, obispo, en la diócesi de Constanza.

SAN FLORENCIO, obispo, en una aldea de Poitiers.

SAN SILVANO, confesor, en las cercanias de Bourges.

SANTA SALABERGA, abadesa, en Laon. (Siendo ciega desde la infancia, recobró milagrosamente la vista por las oraciones y la bendición de S. Eustasio, abad de Luxeuil. Contrajo matrimonio con un caballero jóven, que la dejó viuda á poco tiempo, y aunque ella quiso desde luego consagrarse á Dios, sus padres la obligaron á casarse segunda vez con un tal Blandino, que despues fué colocado en el número de los santos. Cuando fueron mayores de edad cinco hijos que tuvo, con el beneplácito de su esposo tomó el velo y fundó primero el monasterio de Langres, y luego el de Laon, donde murió por los años de 665.)

SAN MAURICIO Y SUS COMPAÑEROS MÁRTIRES.

EL martirio de S. Mauricio y de sus compañeros fué tan glorioso para toda la santa Iglesia, que no han sido bastantes mas de catorce siglos para borrar su memoria, ni para disminuir la veneracion que todas las naciones profesan á estos grandes Santos. Por tanto se puede asegurar que no hubo suceso ni mas glorioso para la religion, ni que hiciese mas honor á Jesucristo que el martirio de este gran Santo, acompañado de toda la legion Tebea, que en sentir de S. Eustaquio se componia de seis mil seiscientos sesenta y un hombres.

Era S. Mauricio primer capitan ó coronel de un cuerpo de tropas, que se llamaba legion, y se componia entonces del número de soldados que acabamos de decir. Llamábase la legion Tebea, lo que da á entender que se habia levantado en la Tebaida, ó que solo se componia de gente de aquel país. Se habia merecido tanta reputacion en todo el imperio romano por el valor de los oficiales y por la intrepidez de los soldados, que no habia en todo el ejército romano cuerpo mas formidable á los enemigos, ni mas estimado en el mismo ejército. Esta legion tenia su cuartel en el Oriente; es decir, en la Siria y en la Palestina. Los principales oficiales, despues del coronel general, eran Exuperio, que hacia las funciones de mayor, ó de teniente coronel, y Cándido, senador del ejército, esto es, intendente de la legion.

Estando S. Mauricio de cuartel de invierno con su legion en Jerusalem y en sus cercanias, tuvo ocasion de conocer y de tratar á Zambdal, obispo de la misma ciudad; y como Mauricio era un hombre despejado y de capacidad, luego que el obispo



S. MAURICIO,
Y COMPAÑEROS MRS.

en una conversacion que se ofreció, le habló de la escelencia y de la santidad de la religion cristiana, haciéndole visibles los absurdos del gentilismo, deshecho en lágrimas á vista de la miserable ceguedad en que habia vivido hasta entonces, rindió mil gracias al Señor por la merced que le hacia, abriéndole los ojos; y abrazando al obispo con respeto y con ternura, le rogó encarecidamente que le dispudiese para recibir el santo bautismo.

Esta conquista consoló maravillosamente al prelado y á todos los cristianos, siendo inesplicable el gozo universal de todos los fieles, el que creció mucho mas cuando se supo que Mauricio inmediatamente que se despidió de la conversacion del obispo se fué derecho á buscar los principales oficiales de su legion, y los habló con tanta energia y con tanta elocuencia acerca de la verdad de la religion cristiana, que todos concurrieron al punto deseosos de ser bautizados.

Luego que Mauricio y su teniente Exuperio se hicieron cristianos, se convirtieron en zelosos misioneros de toda la legion; y el Señor echó la bendicion sobre su zelo y su amor á Jesucristo; de manera, que en muy breve tiempo se hizo tambien cristiana toda ella.

Habia ya cerca de dos años que era Diocleciano emperador, cuando en el de 286, queriendo remediar los alborotos que escitaba en las Gaulas la sublevacion de los baugadas, pueblos de la campaña, que tenian por cabezas de la sedicion á Amando y á Eliano, resolvió asociarse un colega con quien repartir la pesada carga del imperio. Escogió, pues, á Maximiano Hercúleo, hombre cruel y enemigo mortal de los cristianos. Asocióle, y descargó en él la guerra que era preciso hacer en las Gaulas. No teniendo bastantes fuerzas el ejército que debia mandar Maximiano, y temiendo Diocleciano que el nuevo emperador quedase desairado en aquella primera espedicion, determinó fortificarle con la legion Tebea, reputada por el mejor cuerpo de tropas del imperio. Ordenó, pues, al coronel Mauricio que marchase á Italia con toda su legion y que se juntase con el ejército destinado para hacer la guerra en las Gaulas. Inmediatamente se pusieron en marcha para Italia Mauricio y sus soldados, tan prontos á obedecer las órdenes del emperador, como fieles á la religion. El zelo de los oficiales correspondia á su fe, y la fe de los soldados al zelo de los oficiales. No se descubria en ellos otra emulacion que la de la virtud y la competencia en la devocion cristiana. Mostraban en todo su fidelidad y su constancia, tanto en lo que debian á Dios y á su religion, como en lo que eran deudores á los príncipes á quienes servian y al estado; sabiendo

enlazar dichosamente el ejercicio de las armas con la práctica de los consejos y de las máximas del Evangelio.

Luego que S. Mauricio llegó á Roma con su legion, fué su primera diligencia visitar al papa S. Marcelino, quien de tal manera supo confirmar á todos en su zelo por la fe, que todos á una voz le prometieron perder antes las vidas que faltar á la fidelidad de Jesucristo, ni avergonzarse de su sagrada doctrina. Recibieron las órdenes del emperador, y marcharon á incorporarse con el ejército. Alcanzaron á Maximiano, y pasaron los Alpes por el Milanés. Fatigado el emperador de la marcha, hizo alto en Octodura, ciudad de Veragres, que se cree ser Martignach ó Martigny en el Valais, y dispuso que las tropas que le seguian acampasen en una gran llanura. Era el emperador tan supersticioso como cruel, y mandó que todo el ejército ofreciese sacrificios á los dioses para implorar su asistencia contra los enemigos del imperio. Horrorizáronse S. Mauricio, S. Exuperio, S. Cándido y todos sus soldados; y pasando á la otra parte del Octodura, fueron á acampar tres leguas mas allá, cerca de una aldehuela llamada Ternat, entre las montañas y el rio Ródano, á doce ó quince leguas de Ginebra, y muy cerca de la punta oriental del lago, entre el país de Valais, la Saboya y el canton de Berna. Informado Maximiano de esta novedad, los envió á preguntar la razon de aquella retirada. Quedó estrañamente sorprendido cuando entendió que era por motivo de religion, y que así Mauricio como toda su legion eran cristianos. Sucediendo prontamente la cólera á la admiracion, y á la cólera el furor, zeloso de su autoridad, sobre todo á los principios de su reinado, mandó que al punto le obedeciesen, ó que fuese diezmada toda la legion. Apenas se les intimó á los soldados el bárbaro decreto, cuando todos á porfia se presentaron para ser diezmados. Púsose el decreto en ejecucion: sorteóse de cada diez uno, y al punto se quitó la vida á los que cayeron en suerte, y fueron á recibir la corona del martirio. Fácilmente podian los demás defender á sus compañeros, poniéndolos en este estado su valor, y la ventaja del campo de hacer resistencia á todo el ejército; pero á ninguno le pasó esto por la imaginacion. Léjos de oponerse, tanto el oficial como el soldado, miraban con una santa envidia á los que tocaba la suerte de dar la vida por Jesucristo, y no hubo siquiera uno que no deseára estar en su lugar. Pero luego se les cumplieron sus deseos. Noticioso el tirano de la constancia y de la alegría con que aquellos soldados habian padecido la muerte por su Dios, y de la envidia que les tenian los que quedaron vivos, los cuales inmediatamente despues de la

ejecucion protestaron de nuevo que no obedecerian á persona alguna que los quisiese obligar á cometer sacrilegios; y que siendo cristianos no podian tener parte en los sacrilegos sacrificios de los gentiles; estando, en fin, determinados y resueltos á padecer todos los tormentos antes que faltar en la mas mínima cosa á la fe que habian abrazado: informado el tirano de todo esto, redoblándosele la rabia y el furor, mandó que en aquel mismo dia se volviese á diezmar de nuevo la legion. Luego que llegó al campo esta noticia, no se oian en él mas que gritos de alegría, plácemes, regocijos y enhorabuenas, lisonjeándose cada uno con la esperanza de que le tocara la gloria y la dicha del martirio. Aprovechóse Mauricio de la ocasion, y como general los habló entonces con tanta energia, animándolos á tan gloriosa victoria, que todos suspiraban por aquella dicha. Acabada la ejecucion, volvió Mauricio á juntar á sus soldados, y los habló de esta manera: «Admiro vuestra virtud, amados compañeros míos, y bendigo cien veces al Señor por esa magnanimidad que os comunicó, superior á todo humano valor. Vuestro amor á Jesucristo es mas poderoso para llenaros de esfuerzo, que la crueldad del César para intimidaros. Veo la santa envidia con que mirais la suerte de vuestros camaradas, deseoso cada uno de que el número feliz le hubiese tocado á él. A la virtud superior de la divina gracia debeis esos generosos sentimientos; ella os ata valerosamente las manos para no hacer resistencia. ¿Qué cosa mas fácil para vosotros que estorbar tan bárbara carnicería, estando con las armas en las manos, y siendo tan valientes como sois? ¿pero qué lograriais con eso? Impedir á vuestros compañeros el ser mártires, y privaros vosotros de serlo tambien. Hasta ahora solamente sabiamos por las actas adonde habia llegado la intrepidez de los primeros mártires de Cristo; pero ya se nos entran por nuestros mismos ojos aquellos grandes ejemplos. Rodeado me veo de sus sagrados cuerpos: salpicado está mi semblante, y palpo teñidos mis vestidos de su gloriosa sangre: á vista de tal ejemplo, ¿cómo es posible temer el dar la vida por Jesucristo? Alabamos todos su constancia, señal cierta de que todos deseamos merecer que se alabe tambien la nuestra. Ya sabeis, amigos míos, que en otro tiempo todos hicimos juramento de defender la república á riesgo de nuestra sangre: esto prometimos á los emperadores cuando tomamos las armas en su servicio, sin embargo de que entonces no teniamos el menor conocimiento del reino de los cielos, y nuestro propio honor nos empeñó en ser pródigos de nuestra vida; sin esperanza de otro premio. ¿Será posible que hemós de ser menos fieles á Jesucristo cuando

éste nos promete una gloria inmortal por recompensa? Ofrecímosle nuestra fe cuando recibimos el bautismo; y al venir aquí, le renovamos en Roma esta promesa en manos de su vicario; ¿cómo tendríamos atrevimiento para faltarle á esta palabra? Parece que ya estoy viendo en el cielo á nuestros compañeros, que en medio de su triunfo nos están convidando á que vayamos á participar de su corona. Pocos momentos ha estaban con nosotros, y vedlos ya en posesion de una eterna dicha, de que no les podrán privar todos los principes de la tierra. Vamos, pues, amados compañeros, vamos; y á su imitacion ofrezcámonos al martirio generosamente. Sigamos el camino que ellos nos abrieron. Compañeros nuestros fueron en todas las empresas militares: imitémoslos en la constancia de su fe, para ser compañeros suyos en la gloria. Sea intrépido nuestro valor en la defensa de la religion: sea inalterable nuestra fe en medio de los tormentos, y muéstrase invencible nuestra constancia. A estos soldados que van á dar cuenta al emperador de su expedicion, roguémosles le declaren á nombre de toda la legion, que no hay en toda ella ni un hombre solo que no se glorie de ser cristiano, y que no esté pronto á derramar hasta la última gota de su sangre por amor de Jesucristo antes que tener parte en unos sacrilegios con nombre de sacrificios.»

Apenas acabó de hablar S. Mauricio, cuando oficiales y soldados gritaron á una voz: *Cristianos somos; y antes derramaremos nuestra sangre hasta la última gota, que hacer la mas mínima cosa contraria á la ley de Jesucristo.* Dieron parte á Maximiano de esta generosa protestacion los mismos verdugos que habian sido testigos de ella; y entrando en nuevo furor, mandó que se hiciese otra tercera decimacion en el mismo dia. Llegó la noticia al campo, renovóse el gozo de todos; y esperando cada uno que le tocase la suerte, todos se dispusieron para recibir el martirio. Quitóse, pues, la vida á los que salieron diezmadados, y hasta los mismos verdugos se enternecieron viendo las lágrimas y la alieccion de los que quedaban vivos por no haberles caído la suerte que anhelaban. Encendido entonces S. Exuperio, uno de los oficiales generales, en nuevo zelo de la religion, y dirigiendo sus palabras á los soldados que habian quedado: *Amigos, los digo con resolucion y con firmeza, si me veis venir á vosotros con la bandera de la legion en la mano, tened entendido que no es para que tomeis las armas. Vengo á animaros á otra suerte de combate, en que nos vence el amor, y solo triunfa la paciencia. Nuestros hermanos derramaron su sangre por Jesucristo: espero en este divino Salvador que no se desdeñará de*

aceptar tambien la nuestra. Supliquemos á estos soldados, ejecutores de las órdenes del emperador, que en nuestro nombre le presenten un humilde memorial del tenor siguiente:

« Señor: soldados vuestros somos; pero al mismo tiempo somos siervos del verdadero Dios, y así lo confesamos con toda libertad. A vos os debemos el servicio militar, y á él el homenaje de un corazón puro y fiel. De vos recibimos la paga, y de él tenemos la vida. No podemos obedecer vuestras órdenes mientras sean contrarias á las suyas. El es nuestro primer soberano, y tambien vuestro, aunque no queráis: siempre que nos mandéis cosa que no le desagrade, nos encontraréis tan rendidos y tan obedientes, como nos habeis experimentado en todas ocasiones; pero cuando el emperador nos manda lo que Dios nos prohíbe, juzgad vos mismo, señor, á quien debemos dar la preferencia. Fácil nos hubiera sido vengar la muerte de nuestros compañeros; pero no lo hicimos. Voluntariamente nos desarmamos todos para mostraros que queremos morir, y no queremos pelear, amando mas perder la vida sin faltar á nuestra fe, que sobrevivir á nuestros camaradas, sacrificando indigna y cobardemente á vuestros sacrílegos ídolos. No nos atemorizan los suplicios. Enviad verdugos que nos sacrifiquen á nuestro Dios, con la seguridad de que encontrarán prontas las víctimas. Quitándonos una vida de corta duracion, nos proporcionarán otra que se perpetuará por toda la eternidad. En una palabra, cristianos somos, y ninguna cosa será bastante á desquiciar nuestra fe ni á doblar nuestra constancia. »

Es probable que esta generosa resolucion fué presentada por escrito al emperador. Como quiera, desesperanzado Maximiano de vencer jamás aquella firmeza, sostenida por una como conspiracion general, resolvió que pereciese toda la legion, y mandó marchar á todo el ejército contra los Tebeos con orden de hacerlos pedazos á todos. Considerándose entonces nuestros generosos mártires como víctimas que iban á ser sacrificadas al verdadero Dios, quisieron imitar al Salvador, que se dejó sacrificar como un manso cordero, sin abrir la boca. Bajaron todos las armas á ejemplo de su cabeza. Presentóse á la frente S. Mauricio, como coronel de aquella gloriosa legion de mártires, y fué la primera víctima. Cayeron despues á sus dos lados S. Exuperio y S. Cándido. En un instante se cubrió todo el campo de cadáveres; inundaban todo aquel terreno los arroyos de la inocente sangre: nunca se vió semejante carnicería sin combate, sin gritos y sin quejas. Habia concedido el emperador á los soldados gentiles el despojo de los santos mártires; y mientras se ocupaban en él, llegó

al campo un soldado veterano, por nombre Víctor, que quedó asombrado al ver aquella horrible carnicería. Informado de su motivo, exclamó sin poderse contener: *¡Desgraciado de mí! que si hubiera llegado una hora antes tendria parte en su triunfo.* Conocieron todos por estas palabras que era cristiano; confesólo sin detenerse, y en el mismo punto fué sacrificado como todos los demás. Consiguieron la palma del martirio estos seis mil seiscientos y sesenta y un soldados de Jesucristo el dia 22 de setiembre del año 286, en un sitio que entonces se llamaba Agauna por los peñascos que le rodean, y despues del martirio de estos Santos se hizo tan célebre en la Iglesia con el nombre de S. Mauricio, en cuyo honor Sigismundo, rey de Borgoña, edificó un magnífico monasterio.

Fueron enterrados los cuerpos de los santos mártires por los paisanos del contorno en el mismo sitio de su martirio, abriendo para eso grandes y profundos fosos; donde estuvieron hasta el tiempo de los emperadores Graciano y Teodosio en que se hizo su descubrimiento á S. Teodoro, obispo de Octodura, á cuya diócesi pertenecia Agauna. Con los milagros que obró Dios cuando se descubrieron aquellas santas reliquias, se aumentó la devocion á los gloriosos mártires, y solicitaron sus reliquias las mas de las iglesias. S. Martin hizo espresamente un viaje á Agauna para lograr algunas, y enriquecer con ellas su catedral. Asegúrase que habiendo sido arrojada en el Ródano la cabeza de san Mauricio, aportó milagrosamente á Viena del Delfinado, donde fué recibida con grande veneracion, y colocada en la iglesia mayor, que entonces se llamaba de los santos Macabeos. Despues se dedicó á S. Mauricio la catedral de aquella metrópoli, tomándole la ciudad por su patrono.

Hasta las armas de S. Mauricio se conservaron con grande veneracion. Carlos Martel quiso servirse de su lanza y de su morrion cuando dió batalla á los sarracenos. Los duques de Saboya llevan siempre el anillo del Santo, recibéndole por mano del abad de S. Mauricio, y le dejan sucesivamente los unos á los otros como la mas preciosa señal de su soberanía. Habiéndose retirado al priorato de Repaille el año de 1434 Amadeo VIII, por sobrenombre el Pacifico, primer duque de Saboya, fundó la orden militar de S. Mauricio por la devocion particular que profesaba á este gran Santo, patrono y protector de Saboya. Los caballeros de la orden llevan una cruz blanca, cuyos estremos representan la planta llamada trebol; y se dice la cruz de san Mauricio. Carlos Emanuel agregó á la orden de S. Mauricio la de S. Lázaro, que era mas antigua; y estando ya como es-

tinguida la orden de S. Mauricio, solicitó y logró el zelo de Emanuel Filiberto, duque de Saboya, y muy devoto del Santo, que fuese restablecida por una bula del papa Gregorio XIII, el año de 1572, declarándose el duque por gran maestro: lo confirmó el papa Clemente VIII el año de 1603.

NOTA.

El cuerpo del glorioso SAN CÁNDIDO, despues de centenares de años, fué llevado al monasterio de S. Cucufate del Vallés; en el principado de Cataluña, donde Dios por su intercesion ha hecho grandes milagros, echando los demonios de los cuerpos humanos, curando muchos de calenturas, dando vista á los ciegos, curando otros de dolor de cabeza, y obrando otras grandes maravillas; cuales milagros se hallaban en un libro antiguo del monasterio, todos autenticados con testigos, y escritos con aquella admirable sencillez de los antiguos.

La misa es en honor del Santo, y la oracion la que sigue:

Concedenos, ó Dios omnipotente, la gracia de que nos alegremos en la festividad de tus santos mártires Mauricio y sus compañeros; para que nos

La Epistola es del capítulo 7 del Apocalipsi de S. Juan.

En aquellos dias me dijo uno de los ancianos: Estos, que están vestidos con estolas blancas, ¿quiénes son, y de dónde vinieron? Yo le respondí: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que vinieron aqui despues de haber pasado por grandes tribulaciones, y que lavaron y blanquearon sus estolas en la sangre del Cordero: por esto están delante del tro-

no de Dios; y le sirven de dia y de noche en su templo; y el que está sentado en el trono los cubrirá con pabellon. Ellos no tendrán mas hambre ni sed, ni el sol ni el calor los incomodará mas. Porque el Cordero, que está en medio del trono, será su pastor, y los conducirá á las fuentes de las aguas vivas, y Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos.

REFLEXIONES.

Enjugará Dios todas las lágrimas de sus ojos. Asi lo sabe hacer el Señor, y siempre lo hace como Dios. Seguramente que el salario escede mucho al trabajo, y el premio hace grandes ventajas al mérito. ¡Oh, y qué gozo causan en el cielo todas las desgracias y todas las adversidades de esta vida! ¡Con qué gusto, con qué dulce complacencia se miran entonces aquellas congojosas aflicciones, aquellas pesadas cruces, aquellos amargos tragos que tanto horror nos ponian en este mundo! En la dulce estancia de los bienaventurados, ¡cómo se convierten en honor, en riquezas, en consuelo y aun en delicias, los desprecios, la pobreza, las enfermedades, y hasta los suplicios padecidos por Jesucristo! Una cruz de oro, una patente de coronel, una pension tiene virtud, no solo para consolarnos, sino para complacernos á vista de un brazo cortado, de una disforme cicatriz que nos afea, de una salud enteramente estragada: ¡pues con qué ojos se mirará en el cielo todo aquello que se padeció por amor de Dios! *Non sunt condigne passiones hujus temporis.* Entonces si que se esclama con seguridad: bien cierto estoy de que las aflicciones de la tierra no tienen proporcion alguna con la gloria presente. Entonces si que se conoce cuánta es la dicha de los santos del cielo. Entonces si que se comprende ser tanta esta dicha que no hay voces para esplicarla, ni obras capaces de merecerla. No hay cosa en este mundo que nos pueda dar idea justa de los inmensos bienes que gozan los santos en la gloria; pero sobradamente conocemos los innumerables males de que están exentos. ¿Quieres tener alguna luz de la bienaventuranza de la otra vida? pues considérala libre de todas las miserias de esta. Dolores, tristezas, temores, inquietudes, disgustos, pesadumbres, todo está desterrado de la feliz mansion de los bienaventurados. No se acerca á aquella santa ciudad cosa alguna que enfade, que moleste, ni que ligeramente mortifique. Reina en la Jerusalem celestial una alegría pura y llena, una calma inalterable. ¡Ah Señor, y qué hombre de la tierra podrá comprender las inefables dulzuras que gustan los escogidos en el cielo! No solo poseen en él todo lo que desean, sino todo lo que necesitan para no desear mas. El corazon está lleno, el alma saciada y satisfecha. Es un torrente, es un océano de purísimas delicias el que inunda á los bienaventurados. Aquella su incomprendible felicidad ya no se compone de todos los bienes juntos, sino de la misma fuente de todos los bienes, de la omnipotencia de Dios, de la posesion

del mismo Dios. No es ya la alegría del Señor la que entra en el corazón de los santos. Sería espacio muy estrecho, sería muy limitado para que gustasen aquel torrente de delicias: el alma de los santos es la que entra, la que deliciosamente se pierde, por decirlo así, con la alegría del Señor; y siempre son muy débiles nuestros mayores deseos por esta desmedida felicidad.

El Evangelio es del cap. 21 de S. Lucas, y el mismo que el día XVI, pag. 339.

MEDITACION.

Que no hay en la tierra otro verdadero mal sino el pecado.

PUNTO PRIMERO. — Considera que no hay en la tierra otro verdadero mal, sino el que nunca puede reputarse como bien, el único que nos priva del verdadero bien y de la fuente de todos los bienes: tal es el pecado.

Míresele por donde se le mirare; siempre es pecado. Juzguémosle como Dios le juzga, eternamente será objeto de su odio y de su cólera: eternamente lo será de nuestra amargura y de nuestro arrepentimiento: ¿pues como lo puede ser ahora de nuestras ansias y de nuestra complacencia?

Todos los que en el mundo llamamos males, en tanto lo son, en cuanto son consecuencias del pecado. El pecado es el que inundó la tierra de tantas calamidades: él encendió las llamas del infierno: el pecado es el que hace en el mundo tantos infelices: reina la alegría y la tranquilidad donde reina la inocencia. Siendo Dios un bien infinito y siendo él mismo todo bien, no puede comunicar otra cosa. ¿Y esta es la idea que se tiene del pecado? ¿Pero será el pecado menos mal, será menos pecado porque se tenga de él otra idea?

Esas concurrencias de la diversion, de donde siempre está desterrada la inocencia, esos divertimientos mundanos siempre peligrosos, esos espectáculos, esas fiestas profanas, origen fatal de tantos desórdenes, ¿son por ventura buenas pruebas de que se profesa al pecado grande horror? Y aun las personas que no viven tan desordenadamente, ¿viven siempre con la mayor inocencia? Familiarizanse los hombres con el pecado; ¿pero se familiarizarán igualmente con los tormentos que le corresponden? ¡Ah Señor, y qué mal he conocido el pecado hasta aquí! Pero cuanto le detesto ahora! Aumentad mi dolor y perdonadme mis pecados.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que sin razón llamamos males á aquellas cosas que pueden contribuir á nuestro bien. Todo puede aprovechar á una alma fervorosa menos el pecado.

Las desgracias, las enfermedades, las persecuciones, la pobreza, y hasta la misma muerte; todo esto puede contribuir para hacernos felices, puesto que todo puede servir para hacernos santos.

Pocos santos hay que, por decirlo así, no debiesen á las persecuciones, á las adversidades y á los trabajos por lo menos algún grado de su elevación en la gloria. ¿Qué no debieron los mártires á los suplicios? Vuestros parientes y vuestros amigos os perseguirán, dice el Salvador; mas no por eso sereis mas desgraciados. Toda la rabia, ni toda la malicia de los mas crueles tiranos será capaz de arrancaros un solo cabello de vuestra cabeza. El que está en gracia de Dios, el que es querido de Dios, ¿qué tiene que temer? Es grande error tener por mal y por desgracia el aborrecimiento del mundo, cuando el mundo nos aborrece porque amamos á Dios, y porque servimos á Dios. ¡Qué favores no ofreció el mundo á S. Mauricio! con qué ventajosos partidos no le brindó para pervertirle! Y despues que se negó á sus engañosas promesas; con qué suplicios no le amenazó! pero con qué valor despreció el Santo así las caricias como los tormentos del tirano! Perdió la vida antes que perder la amistad de Dios. ¿Cuándo discurrirémos nosotros así? ¿cuando raciocinaremos sobre estos mismos principios? ¿Se estima hoy al pecado por el mayor de todos los males? ¿pasa siquiera por mal entre aquellas personas que tienen gusto, que hacen vanidad de cometerle? Llámase mal la pérdida de un poco de hacienda, una aflicción, una persecución, una desgracia; que tal vez son origen de mil celestiales bendiciones, segun los designios de la divina Providencia. ¿Pero se tiene al pecado por gran mal cuando se le considera medio proporcionado para hacer fortuna?

¡En qué ceguedad, mi Dios, he vivido yo hasta aquí! Perdonadme mis iniquidades, y oid benigno mis ruegos. Haced, Señor, que padezca todos los tormentos, haced que sufra todos los males de esta vida antes que cometa jamás un solo pecado.

JACULATORIAS. — ¡Ay de vosotros, hombres impíos, que abandonasteis la ley de vuestro Dios! (*Ecl. 41.*)

Horrenda cosa es caer en las manos de Dios vivo, siendo víctimas de su cólera. (*Hebr. 10.*)

PROPOSITOS.

1. Concibe tan grande horror al pecado, que estés pronto á perder los bienes, la salud y la misma vida antes que perder la gracia. Muy digno de lástima serias, si te halláras en otra disposicion. Pero como de nada sirven las mejores máximas si no se reducen á práctica, siempre que á tí ó á otros suceda algun contratiempo, toma la santa costumbre de decirte á tí mismo: no hay otro mal sino el pecado; consolémonos con que esta pérdida de los bienes ó de la salud nos puede ser provechosa; libradme, Señor, de todo pecado, pues no temo cualquiera otro mal.

2. Aprovechate de todos los accidentes que te suceden en el discurso de la vida para decir á tus hijos, á tus amigos y á tu familia, que solo un mal se debe temer en el mundo, y que este mal es el pecado. Sea este como tu comun proverbio. Repítele sin cesar á tus hijos, y dítele á tí mismo cien veces al dia. No te perdones ni las mas leyes mentiras officiosas, ni las restricciones mentales, que son verdaderas mentiras disfrazadas, ni las menores impaciencias: todo lo que puede lastimar aun ligerisimamente la caridad, debe ser vedado para tí. La demasiada indulgencia contigo mismo y la poca con los demás es de ordinario origen de muchas faltas. Debe causarte horror todo lo que pueda ofender al prójimo por leve que sea, y todo lo que tenga sombra de pecado. La imágen sola de un monstruo espanta y atemoriza. Repite muchas veces aquellas bellas palabras: *Malo mori, quam fœdare animam meam*: Mas quiero morir que manchar mi alma con la culpa. No te contentes con tener horror al pecado, ten el mismo á todas las ocasiones de pecar, y huye de ellas como del pecado mismo. No se detesta el pecado quando no se aborrece la ocasion.

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

SAN LINO, papa y mártir, en Roma; el primero que gobernó la Iglesia de Roma despues del apóstol S. Pedro: murió con la corona del martirio y lo sepultaron en el Vaticano junto al mismo apóstol. (Véase su vida en las de hoy.)

SANTA TECLA, virgen y mártir, en Iconio en Licaonia; la cual convertida á la fe por el apóstol S. Pablo, en tiempo de Neron, habiéndole confesado á Cristo, fué arrojada al fuego y á las fieras; pero salió sin lesion de estos y otros varios tormentos, sufriendolos con la mayor